

Introducción

Miles de curiosos deambulaban de puesto en puesto hojeando los libros que, tomando el sol sobre las mesas expuestas en la calle, esperaban dueño para cambiar de hogar. Aquellos libros —unos recién salidos de la imprenta y llamados al éxito, otros luciendo sus ajadas portadas desde hacía décadas— celebraban su fiesta anual en honor a la cultura y el amor. Los potenciales compradores, con rosas rojas en una mano y sus seres queridos en el corazón, parecían conformar la sangre que circulaba por aquella arteria del Paseo de Gracia de Barcelona en un soleado 23 de abril.

Como cada año, el día de Sant Jordi se convertía en una jornada especial en Cataluña. Las calles se transformaban en una feria de intercambio de libros, rosas, sentimientos e ilusiones, conformando una atmósfera mágica que era seguida con curiosidad y admiración en el mundo entero.

Como punto cumbre del año editorial, las calles se llenaban también de editores y autores que

gastaban bolígrafos y muñeca —cual rutilantes estrellas futbolísticas— dedicando su última obra a lectores o compradores. En medio de todo aquel escenario, la autora novel no parecía creerse que aquel año fuera ella la que estaba al otro lado de la mesa firmando ejemplares. Después de haber pasado tantas y tantas horas leyendo, escribiendo y acudiendo como una ciudadana más a aquella fiesta literaria anual, era ahora ella la que flotaba en su silla mientras dedicaba su primer libro, *Mi sonrisa en tu mirada*, a todas aquellas personas a las que pretendía transmitir, desde aquellos textos, al menos parte de las emociones que había sentido durante su redacción. «Para Jaime, con afecto», «Para María, con el deseo de que este libro haga más llevadera su recuperación» o «Para Alejandro, un gran lector, al que deseo que siga soñando despierto». El no ser una escritora consagrada le permitía dedicar a sus seguidores el tiempo que merecían, del mismo modo en que ella había deseado algo más que un triste garabato en alguno de los ejemplares que, con ilusión y paciencia, había conseguido llevarse a casa personalizado por su autor.

Después de dos horas de autógrafos y sonrisas y cuando su editor ya la apremiaba a volar hacia su próxima parada promocional en una ruta más propia de un deportista de fondo que de una apasionada de las letras, un hombre mayor, sentado

Introducción

en una silla de ruedas y acompañado de una chica joven que saludó, le tendió su libro con una sonrisa encantadora y los ojos curiosos de quien veía a aquella autora por primera vez en su vida. Aquella mirada especial y la magia del entorno transportaron de inmediato a la escritora a un pasado no muy lejano. Su editor ya no le ofrecía más tiempo para sus lectores, pero, en aquel momento, tampoco ella era capaz de pronunciar palabra alguna. Aquella mañana, la escritora novel esgrimió una vez más su pluma estilográfica de color verde esmeralda y tapón dorado con remates de nácar y escribió con emoción contenida: «Quizás ya no me recuerde, pero quiero darle las gracias por despertarme y ayudarme a entrenar mis emociones para conseguir mis sueños». Alargó su mano en un gesto dulce y devolvió el ejemplar firmado al hombre, acompañándolo de una intensa mirada de complicidad y compartiendo el que había de ser el momento más especial del día para ambos.

1

La residencia

Como era costumbre desde que se había mudado a Santa Rita, don Luis encendió con parsimonia la pipa que remataba su larga siesta, dos de los pocos placeres que aún podía permitirse a sus intensos ochenta años. Santa Rita, una acogedora residencia para la tercera edad especializada en el cuidado de enfermos de Alzheimer, se había convertido en su hogar desde que, cuatro años atrás, la llama de vida de su querida Elvira se extinguiera. Contra la insistencia de sus hijas y al observar los claros síntomas de que la enfermedad empezaba a hacer mella en sus recuerdos y en su capacidad para apañárselas sin ayuda, don Luis, en una nueva muestra de su decidida personalidad, eligió entonces cambiar su piso del Ensanche barcelonés, demasiado lleno de soledad y recuerdos, por un lugar en el que afrontar el último tramo de su vida con la intensidad que merecía. Necesitaba poco para ser feliz: buenos libros, su pipa de toda la vida, otras personas de las que aprender y con las que com-

partir experiencias y emociones e, idealmente, algún que otro buen rival de ajedrez que lo ayudara a mantener sus neuronas en forma.

Don Luis, un venerable anciano de pelo cano y joviales ojos claros, vestía siempre de forma muy elegante y gozaba de una merecida fama de *gentleman* entre sus compañeros de residencia. Había sido un prestigioso ejecutivo durante las décadas de los setenta y ochenta y le apasionaba jugar al ajedrez, ya que nunca despreciaba un reto intelectual que le pareciera divertido. A diferencia de muchos de sus colegas de profesión con los que compartió brillantes éxitos empresariales, don Luis procedía de una familia humilde y había sido el único privilegiado de la misma que pudo llegar a estudiar en una época de posguerra en la que las prioridades vitales estaban más cerca del estómago que del cerebro.

Cuando, años después de jubilarse muy a pesar de las empresas y directivos que valoraban sus consejos como el oro, empezó a notar que algo en su cabeza le impedía recordar con lucidez no ya únicamente sus vivencias del pasado, sino lo que había hecho aquel mismo día, don Luis descubrió una nueva y angustiada realidad contra la que no estaba preparado para luchar. Él, que había ascendido rápidamente en su carrera gracias a su capacidad de trabajo y su carisma, con los que había

transformado equipos o empresas enteras; un directivo inspirado que había logrado encontrar la forma de influir en sus colaboradores para obtener lo mejor de sí mismos y hacerlos capaces de afrontar retos para los que nunca antes se habían sentido preparados; un profesional referente en su sector, que conocía a todo el mundo, que parecía saber todo lo que convenía saber en el momento oportuno para tomar la decisión más correcta, que recordaba de forma prodigiosa los nombres de todos los clientes, los colaboradores, las fechas importantes... Él, ahora, estaba perdiendo sus recuerdos. Todo aquello que había acumulado durante su intensa vida, lo bueno y lo no tan bueno, se disolvía poco a poco y sin avisar.

Al principio, don Luis no sabía lo que suponía sufrir aquella enfermedad ni cuánto tiempo le llevaría al señor Alzheimer robarle los mejores recuerdos de su vida, pero tenía claro que no iba a quedarse paralizado aguardando lo que había de pasar, como nunca antes en su vida había esperado pasivamente a su destino como algo que hubieran escrito para él sin pedirle ni siquiera opinión.

Don Luis se mudó a Santa Rita a vivir con intensidad lo que había de ser el último tramo de su vida y escogió aquel oasis de serenidad en pleno bullicio del centro de Barcelona porque, en el fondo, quería aislarse gradualmente del mundo pudiendo contemplar sus contrastes desde la ventana y compartiendo

la vista con otras miradas a veces críticas, a veces resignadas, a veces infantilmente fascinadas.

En Santa Rita las horas transcurrían en orden y con pocos sobresaltos. Casi todo tenía un guión previsto y el personal del centro se esforzaba en cumplirlo y hacerlo cumplir, gobernando la personalidad y los achaques de sus inquilinos con el adecuado equilibrio entre batuta y mano izquierda.

A las cinco en punto, la joven Ángela, la nueva cuidadora de la tarde desde hacía pocas semanas, entró restableciendo el orden entre un montón de periódicos, libros y juegos de mesa que parecían solos y aburridos en medio de aquel salón que despertaba de su siesta vespertina. Algunas butacas de aspecto confortable se distribuían en aquella amplia sala, luminosa por la mañana, discretamente tenue a aquellas horas de la tarde.

Ángela era una mujer menuda, de mirada curiosa y movimientos armónicos. Aquella bata azul a modo de uniforme le confería una supuesta autoridad sobre los inquilinos de Santa Rita a los que, en realidad, trataba como si fueran sus propios abuelos.

Desde su llegada a España para estudiar Psicología, dedicar parte de su tiempo haciendo compañía a la gente mayor no sólo formaba parte de su desarrollo profesional, sino que se había convertido en una interesante forma de enriquecerse con perspectivas de la vida más experimentadas que la suya.

Abandonar su país en busca de nuevas oportunidades y sueños supuso una dura decisión para ella. Sus padres y hermanos, a los que adoraba, se habían convertido en su mayor apoyo en la distancia, aunque las incertidumbres y dificultades de empezar una nueva vida a miles de kilómetros de los suyos y tan lejos de su zona de confort todavía azoraba algunas noches con dudas y añoranza.

—Buenas tardes, don Luis. ¿Todo en orden?
—dijo Ángela a modo de saludo.

—Buenas tardes, Ángela. Cuántos días sin verte por aquí... Todo en orden, sí. Ya sabes que no me gusta darte más trabajo del necesario. Además, si no dejo mis cosas siempre en su sitio, luego pierdo demasiado tiempo para encontrarlas. ¿Dónde te has dejado hoy la sonrisa? —preguntó don Luis depositando el libro que ojeaba sobre la mesa y animado a entablar una conversación con aquella chica de mirada dulce que tanta confianza le inspiraba.

—Pues será que hoy la llevo puesta por dentro, don Luis.

—¿Y eso? —El anciano la observó de reojo por encima de sus pequeñas y curiosas gafas de leer.

—Es que hay días en que a una le cuesta más sonreír, nada extraordinario, supongo. Por un lado, se acercan mis exámenes parciales y no me siento nada preparada. He dedicado horas y horas a estudiar pero no consigo almacenar y organizar

toda esa información en mi cabeza. Y, por otra parte, quiero hacer un montón de cosas para las que nunca parece que tenga tiempo suficiente: ir al gimnasio, leer un montón de libros, estar con mis amigos. Para rematarlo todo, llevo meses dándole vueltas a un libro que me ilusioné en intentar escribir y para el que no acabo de encontrar el buen camino... Bueno, supongo que estoy preocupada por todas estas pequeñas cosas que pasan en mi pequeño mundo, don Luis. Además, los periódicos tampoco parecen traer nada demasiado alentador sobre lo que pasa en el mundo exterior, ¿verdad? —añadió ella mientras ponía orden entre diarios atrasados y revistas de papel cuché.

—Mira, Ángela —contestó el venerable anciano—, yo hace ya muchos años que no me deprimó por lo que no puedo cambiar. Creo que es mejor que nuestra actitud no dependa de lo que nuestro entorno nos «regala» cada día. Siempre resulta más rentable concentrar nuestra energía en aquello en lo que podemos influir, empezando por nosotros mismos, aunque..., no querrás decir que todo son malas noticias constantemente, ¿verdad?

—Me temo que las buenas hace tiempo que ya no son noticia.

—Bueno..., a menos que tú lo decidas, Ángela.

—¿Qué quiere decir con eso, don Luis?

—Me refiero a que, en muchas ocasiones, las cosas positivas son más bien producto de nuestra

actitud y de la manera en que afrontamos cada situación que de la suerte que esperamos que llame a nuestra puerta. Mucho depende de cómo te enfrentes emocionalmente a las cosas y, para eso, hay que estar preparado y entrenado.

El anciano observó por un momento la mirada receptiva de Ángela y, tras una breve pausa, le dijo:

—Hay algo que me gustaría que vieras... ¿Podrías acercarme aquella pequeña caja de madera sobre la repisa? —pidió don Luis, señalando un pequeño objeto de madera oscura que, entre otras piezas decorativas que parecían haber llegado desde muy lejos, un par de fotos con caras sonrientes y algún medicamento despistado, se encontraba sobre la repisa de la chimenea, confortablemente escoltada por dos sesudos volúmenes que parecían no haber sido abiertos en mucho tiempo.

Ángela se acercó a la chimenea y, cogiendo con delicadeza aquella pequeña caja a la que nunca antes había prestado atención, preguntó curiosa:

—¿Se refiere a ésta, don Luis? ¿Qué hay dentro?

Los ojos de don Luis sonrieron pícaramente por encima de sus gafas. La caja, de madera noble y del tamaño de un paquete de cigarrillos, estaba rematada con una raída placa de metal en la que se podía leer la siguiente inscripción: «¿Quién quiere a Pepe?»

—«¿Quién quiere a Pepe?» ¿Quién es o quién

era Pepe? —apremiaba Ángela a un don Luis que parecía regodearse con la curiosidad de la joven abriendo la caja con toda parsimonia.

—Despacio, Ángela, todo a su tiempo. Primero quiero que veas esto...

El anciano dejó al descubierto un pequeño anillo dorado que parecía una alianza y observó a Ángela con la ternura de quien evoca recuerdos pasados.

—Mira, Ángela, ésta es una bonita historia de cómo un pequeño detalle sin aparente importancia puede llegar a influir en nuestras vidas si así lo decidimos. Si un día tienes tiempo, te la podría contar.

—¿Tiempo? Le escucho, don Luis... El tiempo es siempre relativo e intuyo que la historia que encierra esta cajita quizás me ayude a ver mi día de un color distinto. ¿No es así?

—Pues me gustaría que así fuera. La verdad es que se trata de una historia muy especial que a mí me inspiró enormemente en su momento. Encontrarme unos cuantos años después sentado en esta silla y preocupado por saber si recordaré quién eres cuando vengas otra vez creo que es una curiosa broma que el destino me tenía reservada. Como dices, el tiempo es siempre relativo, pero cuando somos jóvenes y gozamos de buena salud parece que no le otorgamos toda la importancia que merece. Si

La residencia

te interesa, estaré encantado de contártela porque la verdad es que empiezo a tener miedo de que nuestro amigo Al —así se refería don Luis de forma jocosa a su incipiente síndrome de Alzheimer— se la lleve también para siempre y nadie más pueda experimentar todo lo que yo aprendí con ella.

La cuidadora, ahora realmente expectante por escuchar a don Luis, acercó una silla a su butaca y se dispuso a disfrutar del relato del anciano, quien hizo un solemne carraspeo antes de empezar con su historia:

—Todo empezó un ajetreado viernes de principios de enero de 2009...